

POESIA DE AQUI Y DE AHORA

Pocas cosas tan necesarias hoy en El Salvador como la poesía. Estamos tan atrapados por la materialidad de la existencia cotidiana y por la unilateralidad de la dimensión político-militar, por la urgencia de la acción efectiva, que se va reduciendo lamentablemente la riqueza de nuestro ser y se va deshumanizando la condición nacional como forma particularizada de la condición humana. La poesía, como otras acciones del espíritu, tiene mucho que hacer para ampliar nuestro horizonte, para mejorar y ahondar nuestra humanidad y también para avizorar futuros utópicos.

Para que esto sea posible la poesía que necesitamos es poesía que nazca aquí y ahora en El Salvador y en ese sentido sea verdaderamente salvadoreña a la altura de nuestros días. Es difícil hablar de una poesía salvadoreña por razón de la forma, del lenguaje o del estilo, aunque en los tres rubros caben diferenciaciones significativas. Pero sí se puede hablar de una poesía salvadoreña en la que se haga presente, no necesariamente de forma anecdótica o tipicista, lo que 'en realidad de verdad' está sucediendo en El Salvador, lo que está afectando en profundidad a nuestro pueblo y a su destino, lo que por consiguiente tiene proyección de futuro. Hacer presente este fondo de la cuestión, expresarlo en forma recreada, recreativa, si se quiere, es tarea de la 'razón poética'. Tocar fondo es cuestión de razón, pero no hay una sola forma de razón. Al fondo se puede ir de muchas formas y una de ellas, no la menos eficaz, es la razón poética.

Yo diría que Oráculos para mi raza es una muestra espléndida de razón poética, que mucho puede contribuir a iluminar fontanal y originariamente lo que nos está ocurriendo en El Salvador, a tomar conciencia radical de ello y a proyectar luz y ánimo sobre los pasos siguientes. Se trata de poesía y de poesía de aquí y ahora, que puede ser una muy buena forma de universalidad en el tiempo y el espacio, si es que ese aquí y ahora está preñado de vida y está visto desde muy atrás hacia muy adelante. Abre camino para que la poesía realice su labor necesaria. Rafael Rodríguez Díaz, su autor,



en plena madurez intelectual y poética, cargado de saberes literarios pero también de experiencias inmediatas, comprometido con el suspirar de su pueblo, de su raza, se ha dejado apoderar por la verdad poética -no tanto poseemos la verdad sino que somos poseidos por ella, decía Zubiri, lo cual es especialmente aplicable a la verdad poética- y nos la ha transmitido. Oráculo para mi raza es el esfuerzo poético por ver el presente de esa 'mi raza' desde el pasado hacia el futuro quemado el autor por el fuego del presente que estamos viviendo. Es una contribución al quehacer de todos en estos momentos tan difíciles, una contribución que sin dejar en ningún momento de ser poética no es sólo un ejercicio de razón teórica -interpretativa y contemplativa- sino también un ejercicio de razón práctica- orientada a la transformación que es el ideal de todo uso de razón.

La obra pretende y lo consigue en buena medida ahondar en la realidad del pueblo salvadoreño para concebirlo como un pueblo nuevo, capaz de dar paso a un hombre nuevo. Una raza que tiene raíces en la cepa indígena, pero también en la cepa europeo-africana de España:

Hay un río de mi sangre
que se remonta
hasta las Siete Cuevas
-Tulán Zuiva o Tamoanchan-.

El otro río de mi sangre
viene por un andamiaje
de mampostería
quizá menadros de íberos
celtas
tartesos
romanos y
godos
hasta llegar a los vientos
que mueven los molinos
en Castilla
pasando por jardines
y fuentes de moros...

Pero no es lo más importante el origen con ser un dato que está ahí y que sigue operando en la sangre, en la sensibilidad, pero también en la cultura y en la tradición. Lo importante es el pueblo nuevo que



se constituye y el futuro que se va construyendo hasta llegar a ser el nuevo maiz y desembocar como río nuevo en un nuevo mar:

Pero nosotros somos
chispa y fogata
en ignición perpetua
donde se funden todos
y cada quien refulge
porque
nosotros somos
Amanecer del hombre...

Y como todo río
tiene su mar adonde llega
intuyo un mar abierto
con plancton para todos
intruyo un mar enorme
donde se funda el horizonte
y el cielo con la tierra
se hermanen
finalmente.

Importa también y de qué manera el presente. Es en el presente donde debemos medir lo que queda del pasado; es en el presente donde avizoramos el futuro y nos proponemos construirlo. Oráculo para mi raza es, ante todo, un escudriñamiento poético en el aquí y en el ahora, bien a sabiendas que el aquí tiene fronteras que unen y separan y que el ahora se nutre de pasado y se anima de futuro. Toda la obra, si se exceptúa el primer poema que da título al poemario, está escrita en 1983 con excepción del último que es de comienzos del 84. En ese presente está recordada la prehistoria de El Salvador y están, si se quiere, revividas las experiencias cubana y nicaragüense, pero lo realmente operante es ese presente distendido que va del 79 al 84 y que en el poeta se ha hecho verso después de haberse hecho carga poética en 1983 principalmente. El poeta no ha hecho sus versos cuando quiso sino cuando pudo, cuando le salieron sin poderlos refrenar. Parece que le van saliendo lógicos y ordenados pero quien manda en ese orden y en esa lógica no es el juicio consciente sino la fuerza inconsciente que ha ido elaborando no sólo los empujones poéticos sino también su secuencia. El poeta ha respetado las fechas en las que le salieron los poemas y ha



hecho bien; más sabe de esto la poesía que el poeta, más sabe de esto la inspiración que viene de dentro que el juicio de los que interpretan la historia, más sabe el creador inconsciente.

Este período de acumulación poética originante cubre uno de los períodos más fuertes y tensos de la historia de El Salvador, tal vez el más dramático. En él estalla el volcán de la revolución cuando la presión del subsuelo es ya insportable, en él se da la más terrible represión que se ha dado en nuestra historia, donde se han hecho presentes poderosas fuerzas del exterior. Todo esto se refleja casi en cada verso, unas veces como fondo, otras como horizonte, las más como doliente realidad. Ya en 1974 el poeta, el oráculo, había previsto que la guerra se venía encima y que con ella había que tener mucho cuidado:

¡Cuidense del fuego hermanos!
El incendio prendido en las corazas
de nuestros enemigos
el incendio prendido en las entrañas
de nosotros mismos
puede quemar nuestros maizales
y puede acabar con nuestra raza.

Sabe distinguir, sin embargo, entre los agonistas que supieron librarse del imperio porque vieron la muerte como camino hacia la vida, de las fuerzas mismas del imperio, que hacen de la vida un camino hacia la muerte anticipada. En un vibrante y poderoso poema se condena con violencia a los dioses de la muerte:

A ustedes
señores
Alto capataces
del Aguila Sangrienta
se dirige este mi canto
que es reto
que es súplica
y lamento...

Ustedes
invirieron la ley del universo:
en vez de estar atentos
para encauzar
y potenciar
la vida



se dejaron seducir
por los cultos de la muerte..
Ustedes
han hecho de la muerte
su mascota...

Todo este canto que aparece como tercer movimiento de un largo poema que lleva el título de "La vida en concierto" y que es nominado como Apocalipsis, es el contrapunto profético, denunciante de los cultivos res de la muerte, Porque todo el resto del libro es un canto a la vida, un canto al pueblo nuevo y al hombre nuevo. No es esta poesía necrofílica ni siquiera es poesía de lamentación. El dolor está presente en casi todas las estrofas, lo está también el miedo a perder la vida en esta orgía de sangre, pero lo que más resalta es la vida y la esperanza sin triunfalismos optimistas pero con implacable seguridad:

Paradoja constante
de la vida:
esta lúcida consciencia
de la muerte
en vez de aniquilar
produce euforia;
invitar a beber a bocanadas
los colores posibles del paisaje
los sabores ocultos
en el aire.

No se trata de la supervivencia individual, lograda al margen del com promiso. El poeta sabe que su verso es parte de la lucha, aunque en ella su ritmo y su tono son para humanizarla, para convertirla en vida. Nada más ajeno a él que la burocratización de la muerte, aunque se la proclame como medio impersonal de conseguir victorias populares. Cada muerto es un muerto distinto, cada muerto es como uno mismo. Pe ro tampoco es la lucha de uno y de otro, es la lucha de un pueblo en busca de nueva vida. El poeta se funde con ese pueblo sin confundirse con los demás, se entrega a él pero sin destruirse a sí:



Pueblo mío...
Te llevo tan dentro
que noche tras noche
imagino veredas
para acompañar tu sueño...

Están viviendo
desde quién sabe dónde
y va surgiendo como un tronco
viejo y joven a la vez
un hombre nuevo y distinto.
Pueblo mío para vos
mi poema más entrañable.

Esto mismo se refleja desde otro punto de vista. Oráculo para mi raza que es síntesis de cosas muy distintas y a veces opuestas (vida-muerte, alegría-dolor, esperanza-angustia, individuo-pueblo) es también síntesis poética de géneros y formas. Por momentos es una poesía íntimamente lírica como en el testamento (pre)maturo dedicado a sus hijos:

Cascarita morena
mi Ursulita.
Ollejo blanco
mi Cayito.

(frutas portadoras
de las más dulces
de todas mis esencias)

Pero ahí mismo y contándose a sus hijos está la historia de El Salvador, que es así experiencia objetiva de un pueblo y al mismo tiempo experiencia subjetiva e interiorizada del poeta. Epica y lírica, poesía social y poesía intimista se unen sin confundirse. El poeta se introduce en la trama histórica y la historia se introduce en lo más interior de la persona. No hay dualismo ni en razón de la temática ni en razón del modo de tratarlo. Ama tanto el poeta a su pueblo que sus dolores los siente como si fueran propios y ama tanto a sus hijos que el poeta los envía a adentrarse en los dolores y en las esperanzas de su pueblo.



Somos parte de un pueblo
trashumante
porque vamos huyendo
de las historias negras
de los días nefastos.

Le interesa el pueblo por sí mismo pero le interesa también el pueblo porque es 'su' pueblo, el pueblo de sus hijos carnales. Al pueblo le pasan cosas que el poeta debe descifrar y no sólo describir o sentir, pero su modo de hacerlo es compenetrándose con ello. La compenetración no es sin más un artificio poético; es una de las condiciones necesarias de la razón poética. La compenetración puede así acentuar los rasgos y los tonos líricos, pero lo compenetrado se hace con ello más lúcido, más ahondado, más real en definitiva.

Esta unidad de diversos, que no es siempre unidad de contrarios, puede apreciarse también por lo que toca a lo intelectual y a lo popular, a lo cultural y a lo espontáneo. Tampoco aquí hay yuxtaposiciones. Con toda naturalidad se mezcla el lenguaje popular con la alusión culta y con esa misma naturalidad se aúnan la experiencia inmediata con la reflexión estilizada. Todo el poemario está lleno de sencillez formal por una parte, de modo que es asequible a una gran parte del pueblo, sobre todo si se le ayuda a esclarecerlo y profundizarlo; pero, por otra parte, tiene resonancias míticas, históricas y culturales, reelaboraciones interpretativas que dan fondo y perspectiva. La mitología griega, prehispánica e hispánica se entrecruzan, pero no como carga erudita sino como apelación simbólica y sonoridad alertadora. Todo está acrisolado y el crisol es siempre el mismo: el de un hombre que sin abandonar ni las raíces ni la preocupación popular se ha esmerado en sorber todos los saberes posibles para que esas raíces florezcan y ese populismo tome conciencia de sí.

Tampoco lo religioso está separado de lo histórico ni lo de aquí está separado de lo de allá. Aunque el poeta va inclinándose hacia una religiosidad un tanto cósmica y difusa, no por ello deja de hacerse presente en su diferenciación. La síntesis de diversos no es aquí tampoco confusión o, si se quiere, la fusión no es confusión. Donde esto se ve



más claro es en el poema dedicado a Mons. Romero, el arzobispo mártir, que supo hacerse voz con su pueblo porque antes se había hecho vida con él: "Vos ya sabés a que Monseñor yo me refiero":

Adios
montañista de tristezas
apacentador de luceros.
No olvides tu cayado
para guiar a los perdidos
y seguí desde la sombra
acompañando
nuestra espera.

El que dio su vida desde la fe y se la dio a todos pero más especialmente a los que sufrían es el que la ha vuelto a robustecer, el que ha vuelto a despertar a muchos que creían que esa fe ya no era para hoy, ya no servía para este pueblo. El pueblo y el hoy refutaron en Monseñor Romero a los que así pensaban precipitada y superficialmente. El poeta no deja de criticar a los pares del obispo muerto, pero sabe distinguir el trigo de la cizaña sin querer arrasar el campo de la siembra. No ahonda desde luego en la fe cristiana del pueblo y propende a formas más arcaicas de religiosidad, pero no por eso hace del Monseñor al que se refiere un mito más sin concreción histórica, ni se cierra su sentido en el ahora y aquí: "y la vida está segura para siempre y algo más."

Todos estos temas y otros muchos que pudieran recogerse hacen que efectivamente debe considerarse Oráculo para mi raza como poesía de aquí y de ahora, pero también y sin contradicción como poesía más universal. No cae el poemario en el falso camino de buscar lo universal porque lo universal se aplicaría también a este caso concreto que es El Salvador de los últimos cinco años; sigue más bien el camino opuesto ahondar en el aquí y el ahora para hacer de él un universal concreto y como tal universalizable, esto es, de contenido e interpelación para otros muchos. Lo es para aquellos que buscan como desembarazarse de imperios extraños, desembarazarse por fuera pero también por dentro que suele ser más difícil. Se trata de todo un proceso de liberación que abarca desde la liberación de los poderes extranjeros que anulan la soberanía hasta la liberación de los patrones de vida extraños que anulan la pro



pía mismidad. Los que quieran desentrañar esta profunda y universal experiencia histórica que está viviendo en El Salvador bien harían leer estos poemas, tarea que en un primer recorrido puede parecer fácil, pero que tras ese primer recorrido deja mucho que reflexionar, da mucho que pensar. Es algo que siempre ocurre cuando se hace presente la razón poética. No en vano todo este libro fue pintado con caracteres de sangre."



Octubre 26, de 1984.